

**CUENTO N° 166**

**TÍTULO: UN ROBLE Y UN COPIHUE**

**SEUDÓNIMO: REAL APIR**

**AUTOR: ALBERTO PATRICIO ESCANILLA SAAVEDRA**

## Un roble y un copihue:

Había una vez, entre los bosques húmedos de la cordillera de Nahuelbuta, un roble que moraba en medio de este paisaje generoso de la provincia Araucana; allí donde la tierra era fértil y tenía las composiciones exactas de arcilla, arena, minerales y nutrientes para brindar a todas las plantas saludable estancia. Roble era parte de una comunidad donde los días transcurrían holgados; con mañanas y tardes soleadas, pero también tiempos oscuros de penetrantes lluvias; donde el agua copiosa caía del cielo y se mezclaba con la tierra produciendo un fabuloso ecosistema. Era la estampa clásica y maravillosa del reino vegetal. Allí también, cada cual vivía en medio de un prodigioso mundo, inventado por el genio supremo durante los seis capítulos de la creación del universo.

Un día como cualquier otro, algo nuevo comenzó a brotar junto al joven roble; a centímetros de su cuerpo, nacía una diminuta planta, frágil y distinta a la vegetación que él conocía. Esta semilla, que era un copihue, se transformó rápidamente en un arbusto robusto y trepador. Llegaron las primeras lluvias y ventiscas; Roble conocía y estaba acostumbrado a las tormentas, no así el recién nacido Copihue Blanco; las primeras ráfagas de aire golpearon su cuerpo delgado y débil con una desconocida fuerza, lo que lo hizo estremecerse y doblarse en una contorsión sorprendente, estuvo a punto de salir volando y algunas hojas se desprendieron de la única rama que formaba su cuerpo. El miedo se apoderó de Copihue Blanco y por primera vez un lastimero quejido, emergió desde el capullo albo y delicado de la flor.

Roble, nunca había escuchado el llanto de una flor y al mirar como el viento dominaba a su antojo tan indefensa y delgada planta, se conmovió ante su débil llanto, veía también como temblaba sacudida intermitentemente por la lluvia y la fuerza incontenible de los remolinos de oxígeno en movimiento; trata de protegerte entre mi tronco y mis ramas – le dijo – ella en un esfuerzo descomunal aprovechó un leve interludio y se cobijó lo mejor que pudo junto al tronco de Roble; este se esforzó para recibir toda la fuerza del viento y evitar así que Copihue Blanco sufriera el desbastador efecto de la naturaleza. En el intertanto y mientras ráfagas de viento golpearon por algunas horas el territorio, Roble pudo sentir la fragancia de Copihue Blanco y también la delicadeza de su simétrico cuerpo. Cualidades desconocidas para el joven roble.

Hubo muchas jornadas lluviosas, donde un roble majestuoso y un copihue, la flor mágica de los bosques sureños, tuvieron la oportunidad de conocerse y acompañarse; al principio poco y nada expresaban, pero en el transcurso de los días, las mutuas vivencias fueron asimiladas por ambos y se transformaron en materia de sus interactuados comentarios – gracias por protegerme señor árbol – de nada delicada flor – está muy bello el día señor Roble – creo lo mismo que usted - fueron los primeros diálogos formales que tuvieron. El bosque es el primer lugar donde la diversidad de la vida se cruza y expresa en todo momento; roble estaba acompañado por araucarias, alerces, mañíos, lingues, además de otros árboles y vegetación que crece en medio de abundante agua, clima templado con exuberante humedad; toda esta magia es realizada por sinuosos ríos y grandiosos lagos que acumulan, transportan y descargan hacia el mar abundante cantidad de agua durante todo el año.

Es aquí donde la copia feliz del edén, nos enseña que la belleza del paisaje nace en medio de depresiones geográficas y posee elementos tan simples como el oxígeno, el agua y los rayos del sol. Allí los árboles y plantas en forma directa reciben gran cantidad de estos elementos catalizadores, que a su vez, aunados colectivamente se convierten en una acuarela de la naturaleza, dibujando paisajes que se entrelazan con el sonido solemne de la selva austral, proveniente del rugido de animales silvestres, trinar de aves exóticas, traslado de las aguas y el desplazamiento cálido del viento; cuyo paso produce notas feroces que se mesclan y suben a un tono imposible de igualar; espectáculos individuales solo superados cuando clima cálido, sonido, paisaje y fragancia silvestre se aúnan en una amalgama que entrega a la vista, al tacto, al olfato y al oído la esencia perfecta de la vida austral; arrancada precisamente de un lugar donde lo primitivo y lo natural son el secreto milagroso que da existencia a tan completa e inmensa belleza, que pareciera obra perfecta de lo contemporáneo y lo sobrenatural, en circunstancias que es solo la naturaleza pura y su efecto milenario en la geografía más austral de este planeta.

Roble sentía que algo extraño estaba pasando, veía que su amigo y compañero Copihue Blanco no estaba bien, apreció sus hojas marchitas y sus pétalos con poco brillo; a su vez Copihue solo quería descansar; no tenía ánimo para conversar, las fuerzas y la lozanía de antes en sus brillantes pétalos ya no estaban. Sintió en su fuero de flor silvestre que llegaba el fin, no sentía dolor, tampoco tenía miedo; la nostalgia se apoderó de su ser, ese sentimiento que pertenece a los seres vivos y constituye una mezcla de alegría y congoja, era feliz por ser parte del bosque, por haber vivido junto a Roble, por haber conocido y existido en el lugar más bello del universo,

pero a su vez, sentía pena porque su ciclo vital tocaba el final y la flor volvería a la tierra bendita para fundirse a ella y continuar el ciclo rotativo de la existencia. Finalmente resignado y tranquilo Copihue Blanco desconectó su alma de las raíces que le proporcionaron la sabia sagrada de la vida. Roble en respetuoso silencio dejó partir a su amado amigo y compañero; se prometió a sí mismo en el momento de su mayor dolor, no volver a tener amistades; el sufrimiento al perderlas era algo absolutamente injusto, como podía ser posible que un ser tan extraordinario, delicado y sensible como Copihue Blanco, dejara al bosque sin su flor más bella y sumido en el dolor al más grande y fuerte de sus hijos. La tormenta había pasado pero con la diferencia que esta vez, la amistad entre un copihue y un roble se había extinguido y ya no era posible recuperarla.

Las lluvias, el viento y el frío fueron reemplazados por el sol, la brisa y la calidez de la primavera, el bosque comenzó a renacer, las pequeñas nuevas crías de pájaros y animales, hacían sentir las ansias por alimentarse, por vivir y adaptarse a este nuevo mundo; lombrices, caracoles, hongos e insectos brotaban en todas partes; la existencia se manifestaba y aparecía en cada rincón del bosque. Cuando el gigantesco roble estaba emocionalmente abatido y cuando sus ramas se negaban a aceptar en sí la primavera, noto algo extraño, las pequeñas ramas que habían sido el cuerpo de copihue blanco, daban nuevas hojas y junto a ellas diminutas cápsulas formaban capullos y no solo uno, eran muchos; las ramas trepadoras abrazaban su cuerpo e innumerables nuevas flores se aprontaban a nacer. La vida era la vida y buscaba la forma de permanecer y renacer de una u otra forma.

Roble estaba sorprendido, como era posible tal milagro, ahora no era solo un copihue blanco, ahora no era solo una escuálida planta, eran enredaderas majestuosas que trepaban por su tronco y alcanzaban sus ramas, eran innumerables nuevas flores, tan blancas y aromáticas como su ausente amigo, comprendió que eran sus hijos, pero pudo ver, además de flores blancas, copihues rojos y algunos rosados, mezcla seguramente de la sabia blanca y la sabia roja que había surgido del proceso natural de evolución de las criaturas vivas. De la sorpresa pasó al asombro, del asombro a una tibia alegría, de la tibia alegría a la alegría incontentida y, milagrosamente también, se acabó su pena y su cuerpo recobró la energía y fragancia que le pertenecían desde siempre.

Y fue así, como Roble cobijó en su propio cuerpo a muchas generaciones de copihues, fue así también, como aprendió que cada árbol, cada planta, cada flor, cada ave y cada animal del bosque tienen un ciclo de vida, finalmente lo más importante no radica solo en aprenderlo, lo realmente importante es vivirlo, tener contacto directo con las emociones y con los sentimientos que producimos en cada momento de esta vida. Copihue Blanco fue su primer amigo y compañero, gracias a él, pudo conocer, interactuar y llegar a amar a muchas, muchas generaciones de sus descendientes. A cada familia de copihues amó, protegió y respetó; eran parte de su propio cuerpo. A todos contaba su historia y todos supieron de este copihue y fundador de una dinastía de hermosas e inolvidables flores silvestres de la cordillera de Nahuelbuta. Todos honraron su memoria y Copihue Blanco, gracias a su ya centenario amigo, se convirtió en una leyenda de la naturaleza, ya que Roble fue capaz de valorar esas pequeñas cosas que no están a la vista, pero que son las más importantes que nos

acompañan: el amor, la amistad, la piedad y la empatía. Aprendió también que mientras un amigo duerme el sueño eterno, el otro debe recordarlo hasta que en los ensueños infinitos ambos se alcancen. Quien es recordado con amor es porque en su existencia sembró amor y en el amor se vive para siempre, ya que el amor es la esencia del espíritu de Dios quien, a su vez, es nuestro amado y eterno creador.

